

habían ya comido en el viaje. Afortunadamente el criado encontró en sus bolsillos una moneda pequeña y de escaso valor.

Llegados que hubieron cerca de Ramatha ó Rama, hallaron en el camino á unas jóvenes que salían á coger agua, y las preguntaron: «¿Está aquí el vidente?» Ellas respondieron: «Aquí está; ahí le tienes delante de tí; date ahora prisa.» Celebraban en el pueblo aquel día un sacrificio sobre la altura, y no debían comer hasta tanto que el vidente bendijera el festín. Ya en la ciudad, el hombre del Señor se dió á ver á los viajeros. Dios se lo había revelado el día anterior: «Mañana, á esta misma hora, enviaré á tí un hombre de tierra de Benjamín, y le ungirás por caudillo sobre mi pueblo de Israel, y salvará á mi pueblo de la mano de los filisteos, porque ha mirado á mi pueblo, pues su clamor ha llegado á mí.» Luego que Samuel hubo visto á Saul, el Eterno le dijo: «He aquí el hombre de quien te he hablado; ese es el que ha de reinar sobre mi pueblo.» Al mismo tiempo acercóse Saul á Samuel en medio de la puerta, ó mejor, de la ciudad, y le dijo: «Decidme, os ruego, dónde está la casa del vidente.» Samuel le respondió: «Yo soy el vidente; subid conmigo al lugar alto, donde comeréis hoy en mi compañía, y mañana os enviaré por la mañana después que te haya explicado todo lo que tienes en tu corazón. Y sobre las pollinas que anteayer perdiste, no estés con cuidado porque han sido halladas. ¿Y para quién será todo lo mejor que hay en Israel, sino para tí y para la casa de tu padre?» Saul le respondió: «¿No soy yo acaso hijo de Jemini, de la más pequeña tribu de Israel? Y mi familia, ¿no es la última de todas las de Benjamín? ¿Por qué me habláis de esta suerte?»

Tomando, pues, Samuel á Saul y á su criado, hizolos entrar en la sala, y les dió lugar á la cabecera de los que habían sido convidados, pues eran como treinta hombres. Y dijo Samuel al cocinero: «Trae la porción que te di y te mandé que guardases en tu poder.» El cocinero, pues, tomó la espaldilla y la puso delante de Saul. Y dijo Samuel: «He aquí lo que ha quedado; ponlo delante de tí y come; porque de intento lo he hecho reservar para tí cuando convidé al pueblo.» Concluido el festín, Samuel llevó al huésped á la ciudad, habló con él en el sobrado, donde hizo echar una cama para que descansara Saul. Al día siguiente, muy de mañana, Samuel llamó á Saul y le dijo: «Levántate y te despacharé.» Y levantóse y salieron los dos. Al bajar de la ciudad, dijo Samuel á Saul: «Da orden á tu criado para que vaya adelante; y tú detente un poco y te revelaré la palabra de Dios.» Al propio tiempo tomó un vaso lleno de aceite, lo derramó sobre su cabeza, le besó en señal de homenaje, y le dijo: «He aquí que el Señor te ha ungido por príncipe en su

heredad, y librarás á su pueblo de las manos de sus enemigos, que le rodean.»

El uso de consagrar á los reyes por la unción era muy antiguo. Joathan, hijo de Gedeón, hace alusión á esta costumbre en su célebre apología, y la considera como de un uso universal.

Samuel dice también á Saul que cerca del sepulcro de Raquel hallaría á dos hombres que le anunciarían que las pollinas habían sido halladas, que su padre ya no pensaba en ellas, y que estaba con cuidado por ellos. Más adelante, y cerca de la encina del Thabor, encontrarían también otros tres hombres que iban á adorar á Dios á Bethel. Que éstos se saludarían amigablemente y le ofrecerían dos panes, que debería él aceptar. Después que llegaría á la colina donde había la guarnición de filisteos, y luego que hubiese entrado en la ciudad encontraría una porción de profetas que, bajando de la altura con sus liras, tambores, flautas y harpas, profetizarían. Y vendrá sobre tí el espíritu de Jehová, y profetizarás con ellos y serás mudado en otro hombre. Luego, pues, que te acaecieran todas estas señales, haz todo lo que te viniere á la mano, porque el Señor es contigo. Y descenderás á Gálgala, porque yo descenderé á tí, para que hagas ofrendas y sacrifices víctimas pacíficas; esperarás siete días hasta que yo venga á tí y te muestre lo que has de hacer. Y así, luego que él volvió las espaldas para separarse de Samuel, mudóle Dios el corazón en otro, y se verificaron en aquel día todas estas señales. Y llegaron al referido collado, y le salieron aquí á su encuentro una compañía de profetas, y vino sobre él el espíritu del Señor, y profetizó en medio de ellos. Y todos los que le habían conocido, viendo que estaba con los profetas y que profetizaba, dijéronse el uno al otro: «¿Qué ha acaecido al hijo de Cis? ¿Por ventura también Saul entre los profetas?» Y respondió el uno al otro, diciendo: «¿Pues quién es el padre de éstos?» De aquí pasó á proverbio. ¿Por ventura también Saul entre los profetas? Y cesó de profetizar, y fuese al lugar alto. Y un tío de Saul dijo á él y á su criado: «¿A dónde habéis ido?» Respondióle Saul: «A buscar las pollinas, y como no las hallásemos, fuimos á Samuel.» Y díjole su tío: «Dime lo que te ha dicho Samuel.» Y respondió Saul á su tío: «Nos declaró que se habían hallado las pollinas.» Mas callóle la plática que había tenido Samuel con él acerca del reino.

Algún tiempo después reunió él en Masfa, delante del Eterno, es decir, delante del arca santa, que allí habían llevado. Y dijo á los hijos de Israel: «Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo saqué á Israel, y os libré de la mano de los egipcios y de la mano de todos los reyes que os

afigian. Mas vosotros habéis desechado hoy á vuestro Dios, que solo os ha salvado de todos los males y de vuestras tribulaciones, y habéis dicho: «No ha de ser tal; mas establece un rey sobre vosotros. Ahora, pues, presentaos delante del Señor por vuestras tribus y familias.»

Y sorteó Samuel todas las tribus de Israel, y cayó la suerte sobre la tribu de Benjamín y sus familias; y cayó en la familia de Metri, hasta que llegó á Saul, hijo de Cis. Buscáronle, y no fué hallado. Consultaron al Señor si vendría él allí, y les respondió: «Está escondido en su casa.» Fueron, pues, corriendo, y trajéronle de allí, y presentóse en medio del pueblo, y fué más que todos los del pueblo. Y dijo Samuel á éste: «Bien véis al que ha elegido el Señor, y que no hay semejante á él en todo el pueblo.» Exclamó todo el pueblo, y dijo: «Viva el rey.» Y declaró Samuel al pueblo la ley del reino, y la escribió en un libro, que depositó delante del Señor.

Notemos de paso el origen de la autoridad real en el pueblo de Dios. El pueblo la pide y Dios se la concede. Un gobierno mejor había precedido: el gobierno de los patriarcas, que eran más bien padres que reyes; el gobierno de los jueces, que en todo era patriarcal. Con ellos la nación es una, como su religión. La autoridad real tan deseada, terminará por el destierro de la nación entera. Mas Dios sabe sacar bien de mal, y logra sus fines en medio de tantos obstáculos.

Ha dicho Guizot, y con verdadero fundamento: «La autoridad es una cosa bien distinta de la voluntad de un hombre, aunque vaya revestida de esta forma: es la personificación de la soberanía del derecho de aquella voluntad esencialmente razonable, esclarecida, justa, imparcial, extraña y superior á todas las voluntades individuales, que con este título tiene derecho á gobernar. Tal es el sentido de la autoridad real en el espíritu de los pueblos; tal es el fundamento de su adhesión.» Y en Dios solo es esta voluntad razonable, esclarecida, justa, imparcial, extraña y superior á todas las voluntades individuales; Dios sólo tiene el derecho de gobernar á los hombres; sólo Dios es, pues, el soberano de derecho, el soberano legítimo á quien buscaron todos los pueblos.

«En efecto, continúa M. Guizot, ¿cuáles son los caracteres del soberano de derecho, los caracteres que se derivan de su misma naturaleza? Desde luego que él es único; puesto que no hay más que una verdad, una justicia, y no puede haber más que un soberano de derecho. El es siempre perfecto, siempre el mismo; la verdad no cambia nunca. Está colocado en una situación superior, extraña á todas las vicisitudes, á todos los cambios de este mundo; no es de este mundo en cierta manera más que como espectador y como juez; este es su papel.» Dios

solo reúne todos estos caracteres: Dios solo es, pues, el soberano de derecho, el verdadero. No teniendo Israel más rey que Dios, tenía un gobierno en todo legítimo. Queriendo Israel un rey-hombre con su voluntad naturalmente variable y falible, se alejaba del único gobierno verdadero y seguro; pues, como dice el mismo autor ya citado: «toda atribución de una soberanía de derecho ó una fuerza humana cualquiera es radicalmente falsa y peligrosa.»

Mas, concediendo á un pueblo la autoridad real humana, Dios da bien á entender que no es más que una autoridad ministerial, y que el hombre no es verdaderamente rey sino en cuanto que la recibe de Dios, en tanto que representa entre los hombres su verdad y su justicia. Dios es quien elige los reyes de Israel, como había hecho con los sumos sacerdotes y con los jueces; el trono de éstos es llamado trono de Dios, y esto en el sentido más profundo. La verdad y la justicia son las únicas que pueden gobernar á los hombres con derecho, y Dios solo es la verdad y la justicia, vivas é inmutables; y de aquí se sigue que un trono, que una soberanía, no son legítimos, sino en tanto que son el trono y la soberanía de Dios.

Estos pensamientos son de todos los lugares y de todos los tiempos. En los más antiguos monumentos del más antiguo de los pueblos de Asia, los chinos, en los tiempos que precedieron á los de Saul, el cielo es quien hace los reyes, y son llamados hijos del cielo; el trono es lugar del cielo; los asuntos del reino son los asuntos del cielo. El más antiguo poeta de los griegos, Homero, llama á los reyes hijos y ministros del Dios Supremo, Dios les reviste de poder y de gloria; de El reciben el cetro y la corona y las leyes.

Esta creencia hace que el rey se considere obligado más que otro alguno á la observancia á las leyes de Dios. Dios mismo lo ha hecho comprender así. En los antiguos anales de la China se ve, hacia los tiempos de Saul, á dos familias reales despreciadas del cielo, porque no habían conservado la ley constantemente. «El cielo, el soberano Señor, se dice á uno de los primeros reyes de la tercera dinastía, ha quitado el imperio de *Yu* á su hijo heredero; por esto, oh principe, estáis hoy en el trono. A la vista de un suceso tan dichoso para vos y tan desgraciado para el rey de *Yu*, ¿podrá uno no quedar penetrado de un temor respetuoso? El cielo ha privado para siempre del reino á la dinastía *Yu*; los antiguos y virtuosos reyes de esta dinastía están en el cielo; pero porque su sucesor ha obligado á los sabios de su reino á ocultarse y ha maltrato á los pueblos, sus súbditos han tomado á sus mujeres y á sus hijos, y abrazándoles y animándoles, han invocado al cielo; han

querido huir, pero se han apoderado de estos desgraciados, pero el cielo se ha compadecido de los pueblos; por amor á aquellos que sufrían, ha puesto sus órdenes en manos de aquellos que eran virtuosos. Oh Príncipe, pensad, pues, en practicarlas. Dirigid una mirada sobre la dinastía *Hia*, tanto como el cielo lo ha protegido y dirigido, como hace un padre con un hijo obediente; los reyes de esta dinastía han respetado y seguido exactamente sus órdenes y las demás del cielo; sin embargo, después ha sido destruida. Examinad lo que ha sucedido con la dinastía *Fu*: el cielo la dirigió y protegió igualmente; entonces se vieron reyes de esta dinastía que obedecían con respeto las órdenes del cielo; hoy está completamente destruida.

«Lo que ha sucedido en los pueblos, dice el nuevo rey á los ministros de la segunda dinastía, ha hecho ver cuán digno de temor es el Señor. Yo he oído decir que el Soberano Señor conduce á los hombres por la verdadera dulzura. El último rey de la dinastía *Hia* no hizo nada de lo que era agradable á los pueblos. Por eso el Señor le agobió de calamidades, para instruirle y hacerle sentir sus extravíos; pero este príncipe no fué dócil, pronunció palabras llenas de orgullo, y se dió á toda clase de excesos. Entonces el cielo no tuvo ninguna consideración de él, le despojó del reino y le castigó. Igual suerte cupo al último rey de la dinastía de *Fu* á quien el Señor castigó y abandonó, porque no observó la ley del cielo, ni se cuidó, como sus antecesores, de conservar su familia, ni de imitar su celo, ni su exacto cumplimiento á las leyes, ni guardó las consideraciones debidas á sus súbditos. Por esto el Soberano Señor, le abandonó y castigó. Ningún reino, grande ó pequeño, puede ser destruido sino está dada la orden.»

Para merecer los favores del cielo, siguiendo las antiguas tradiciones de la China, es necesario desconfiar de sus propias luces, consultar á los antiguos y al sentimiento común de los pueblos. De Yao, primer emperador, se dice: «Sacrificar sus luces y sus consideraciones á las ajenas, estas son las virtudes que practicó, entre otras, el emperador, nuestro maestro. Por esto el augusto cielo le favoreció, y habiéndole dado sus órdenes, le hizo dueño del imperio.» Dijose á Yu, segundo sucesor de Yao: «Lo que el cielo ve y oye se manifiesta por las cosas que los pueblos ven y oyen. Lo que los pueblos juzgan digno de recompensa y de castigo, indica lo que el cielo quiere castigar y recompensar. Hay una íntima comunicación entre el cielo y el pueblo. Sean atentos y reservados los que gobiernen á los pueblos.»

He aquí cómo se operó la decadencia de la primera dinastía, según un historiador de la China: «Habiéndose entregado á toda clase de ex-

cesos el último rey, y descuidando por completo los negocios, el gran sacerdote tomó en sus manos las leyes del imperio y le hizo con lágrimas en los ojos algunas consideraciones; pero no habiendo querido escucharlas, retiróse á la casa del príncipe de Chang, quien fué de esta suerte el jefe de una nueva dinastía muchos siglos antes de Saul.»

Cosas análogas se ven en la Historia Santa, no solamente en lo que respecta á los reyes de los hebreos, sino también por lo que hace á las demás naciones. Vese al Altísimo, por ministerio de sus profetas, exaltando á unos sobre el trono, reprendiendo á otros, recordándoles su antigua y eterna ley; prediciendo á éstos la decadencia de su poder, y á aquéllos la reprobación de su dinastía.

Por la ley del reino que Samuel proclamó en presencia del pueblo, y que no era más que el desenvolvimiento de la ley fundamental que Dios había promulgado por Moisés, se ve que el Eterno es quien elige el rey á petición del pueblo; prohíbe tomen por rey á un extranjero; el monarca ha de evitar todo fausto, la molicie, el despotismo de los reyes de Oriente; que tenga por norma de sus acciones la misma ley que sus súbditos, ó más bien sus hermanos; la ley de Dios, la cual meditará todos los días. Si observa con entera exactitud la ley, se perpetuará su familia en el trono; en caso contrario, perecerá súbitamente. Promesas y amenazas que veremos cumplirse á la letra en los distintos reyes llamados por el Señor al trono de Israel.

Declaró Samuel al pueblo la ley del reino, y la escribió en un libro, y la depositó delante del Señor, despidiendo á su pueblo cada uno á su casa, obedeciendo á Saul todos aquellos cuyos corazones Dios había tocado. Mas los hijos de Belial se rebelaron, diciendo: «¿Por ventura podrá éste salvarnos?»

Triunfante Saul de sus enemigos, por indicaciones de Samuel fué renovada su elección delante del Señor, degollando víctimas de paz y alegrándose mucho Saul y todos los varones de Israel.

Mas antes de terminar esta imponente solemnidad, el profeta entró como en juicios con el pueblo, y le rogó que en presencia del Señor y de su ungido dieran testimonio de la conducta que él había observado en su gobierno, pues que estaba dispuesto á reparar todas cuantas faltas hubiera cometido. Todo el pueblo contestó: «No nos has colmado, ni oprimido, ni has tomado cosa alguna de mano de ninguno.» Después de haber sido testigos de esta confesión Dios y el rey, Samuel dirigiéndose á toda la nación que ella no podía de sí darse este testimonio; por su parte, el Señor no había cesado de colmarla de beneficios, enviándola libertadores para sacarla del poder de sus enemigos y haciendo